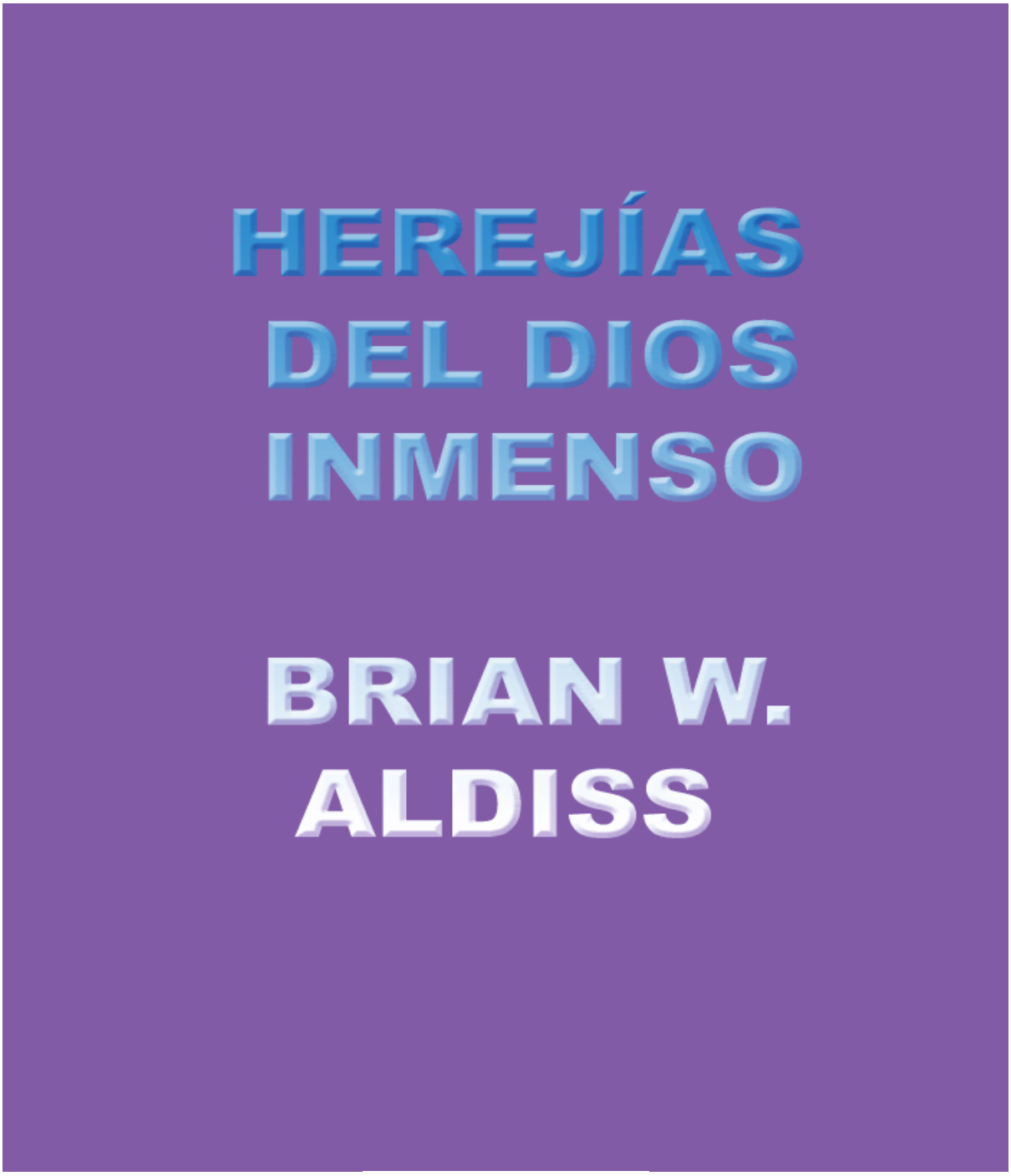
LIBRO dot.com

HEREJÍAS DEL DIOS INMENSO

BRIAN W. ALDISS



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

HEREJÍAS DEL DIOS INMENSO

BRIAN W. ALDISS

EL LIBRO SECRETO DE HARAD IV

Yo, Harad IV, Escriba Mayor declaro que éste mi escrito solo puede ser mostrado a los sacerdotes de rango de la Iglesia Ortodoxa Universal Sacrificial y a los Ancianos Elegidos del Consejo de la Iglesia Ortodoxa Universal Sacrificial, porque aquí se entiende en cuestiones relativas a las cuatro Herejías Viles que no deben ser vistas ni discutidas por el pueblo.

Para una Correcta Consideración de las más recientes y viles herejías, debemos contemplar en perspectiva los acontecimientos de la historia. Así pues, retrocedamos al Primer Año de nuestra era, cuando las Tinieblas del Mundo fueron desterradas por la venida del Dios Inmenso, nuestro más verdadero y enorme Señor, a quien todos honramos y tememos.

Desde este año actual, 910 D.I., es imposible recordar cómo era el mundo entonces, pero a partir de los pocos registros que todavía se conservan podemos hacernos cierta idea de aquellas épocas e incluso realizar las Contorsiones Mentales necesarias para ver cómo debieron ser juzgados los acontecimientos por aquellos pecadores que tomaron parte en ellos.

El mundo sobre el que descendió el Dios Inmenso estaba repleto de gentes y de sus maquinarias, todos completamente desprevenidos para Su Visita. Puede que hubiera cien mil veces más gente de la que hoy existe.

El Dios Inmenso aterrizó en lo que ahora es el Mar Sagrado, sobre el que actualmente navegan algunas de nuestras más bellas iglesias dedicadas a Su Nombre. En aquellos tiempos, la región era mucho menos placentera, pues estaba dividida en numerosos estados que pertenecían a distintas naciones. Tal era el sistema de posesión de la tierra antes de que se formasen nuestras actuales teorías sobre la migración y evacuación constantes.

Las patas traseras del Dios Inmenso se extendieron muy hacia el interior de África que entonces no era el continente insular que es hoy en día, casi tocando el río Congo, en el punto sagrado donde ahora se alza la Iglesia Sacrificial de Basolo-Aketi-Ele, y en el punto sagrado donde ahora se alza el Templo Santuario de Adén, arrasando el antiguo puerto de Adén.

Algunas de las patas del Dios Inmenso se extendieron sobre el Sudán y a través de lo que entonces constituía el Reino de Libia y ahora es parte del Mar del Viejo Pesar, mientras que uno de sus pies reposaba en una ciudad llamada Túnez en lo que entonces era la costa de Tunicia. Allí se posaron algunas de las patas del costado izquierdo del Dios Inmenso.

Las patas de su costado derecho bendijeron y comprimieron las arenas de Arabia Saudita, hoy denominada Valle de la Vida, y las estribaciones del Cáucaso, arrasando el Monte llamado Ararat en el Asia Menor, en tanto que su pata Más delantera se extendió sobre el territorio de Rusia, destruyendo de inmediato la gran ciudad capital de Moscú.

El cuerpo del Dios Inmenso, descansando en reposo sobre tres antiguos mares, si hemos de creer a los Viejos Registros, llamados el Mar del Mediterráneo, el Mar Rojo y el Mar del Nilo, que juntos forman parte del actual Mar Sagrado. Con su Gran Mole erradicó también parte del Mar Negro, que ahora llamamos Mar Blanco, así como Egipto, Atenas, Chipre y la Península Balcánica hasta las cercanías de Belgrado, hoy Santo Belgrado, puesto que sobre esta ciudad se irguió el Cuello del Dios Inmenso en su Primera Visita a nosotros los mortales, rozando casi los tejados de las casas.

En cuanto a su Cabeza, se cernía sobre la región montañosa que denominamos Italandia y que entonces era conocida como Europa, una región muy poblada del planeta, alzándose a tal altitud que en los días despejados fácilmente podía divisarse desde Londres, entonces como ahora la ciudad principal de la tierra de los anglofranceses.

En aquellos primeros días se calculó que la longitud del Dios Inmenso era de más de siete millares de kilómetros de extremo a extremo, y cada una de sus ocho patas media sobre un millar y medio de kilómetros. Ahora profesamos en nuestro Credo que el Dios Inmenso cambia su forma, longitud y número de patas según esté Complacido o Enojado con el hombre.

En aquellos días se desconocía la naturaleza de Dios. Ningún preparativo se había hecho para su venida, aunque corrían algunos rumores sobre el milenio. Por lo tanto, las especulaciones sobre su naturaleza se alejaban mucho de la verdad y con frecuencia eran sumamente blasfemas.

Aquí sigue un resumen del notorio Documento Gersheimer, que contribuyó en gran medida a precipitar los acontecimientos que condujeron a la Primera Cruzada en 271

D.I. Ignoramos quién era el Gersheimer Negro, con la salvedad carente de significado de que se trataba de un Profeta Científico de un lugar llamado Cornell o Carnell, obviamente una Iglesia del Continente Americano (cuya forma era entonces distinta).

"Los reconocimientos aéreos parecen indicar que esta criatura -si podemos llamarla así-, que se extiende más o menos en línea recta a lo largo del Mar Rojo y por el sudeste de Europa, no es un ser viviente, al menos tal y como concebimos nosotros la vida. El hecho de que se parezca vagamente a un lagarto de ocho patas puede deberse a una mera coincidencia, así que no debemos preocuparnos por su posible carácter maligno, como han sugerido algunos periódicos sensacionalistas".

La vil jerga de aquellos remotos días no resulta hoy plenamente comprensible, pero creemos que "reconocimientos aéreos" es una referencia a los aparatos voladores mecánicos que aquella última generación de Impíos poseía. El Gersheimer Negro prosigue:

"Si este objeto no está vivo, tal vez sea un fragmento de escombros galácticos que se ha adherido momentáneamente al planeta, quizá del mismo modo en que una hoja puede adherirse a un balón de fútbol durante su trayectoria. Esta creencia no implica necesariamente una modificación de nuestros conceptos científicos del universo. Tanto si la cosa tiene vida como si no, no hemos de volvernos todos supersticiosos.

2

Sencillamente, debemos recordarnos que en el universo, tal como lo concebimos a la luz de la ciencia del siglo XX, existen muchos fenómenos que nos siguen siendo desconocidos. Por muy dolorosa que resulte esta aparición inesperada, podemos consolarnos en parte pensando que nos proporcionará nuevos conocimientos, tanto sobre nosotros mismos como acerca del mundo que se extiende más allá de nuestro sistema solar".

Aunque términos como "escombros galácticos" han perdido todo su significado, si es que alguna vez lo tuvieron, el sentido general de este párrafo es claramente injurioso. Se decreta una restricción contra el culto al Dios Inmenso, oponiendo en su lugar un herético Dios de la Ciencia. Sólo hace falta citar otro pasaje de este ofensivo revoltijo, porque resulta esencial para Mostrar la Actitud mental de Gersheimer y, es de suponer, de la mayoría de sus contemporáneos.

"Como es natural, todos los pueblos del mundo, y especialmente aquellos que aún se demoran en los umbrales de la civilización, se hallan hoy muy asustados. Les parece ver algo de sobrenatural en la llegada de esta cosa, y creo que cualquier hombre, si es sincero consigo mismo, admitirá sentir en su corazón un eco de este temor. Solamente podremos suprimirlo, solamente podremos enfrentarnos al caos en que el mundo se halla ahora sumergido, si retenemos en nuestras mentes una imagen galáctica de la situación. La propia inmensidad de esta cosa que yace perniciosamente tendida sobre nuestro planeta es causa suficiente para el terror. Pero imaginémosla en proporción. Un ciempiés está posado sobre una naranja. O, para elegir un ejemplo que resulte menos repulsivo, una pequeña salamanquesa de unos nueve centímetros descansa momentáneamente sobre un globo terráqueo de plástico de sesenta centímetros de diámetro. Nos corresponde a nosotros, a toda la raza humana, con todas las fuerzas tecnológicas a nuestra disposición, unirnos como nunca lo hemos hecho y expulsar esta cosa, esta cosa grande y estúpida, hacia las profundidades del espacio de las que ha surgido. Buenas noches".

El motivo que me impulsa a repetir esta Blasfemia Inicial es que veamos en este mensaje de un miembro de las Tinieblas del Mundo las huellas de aquel pecado original que -pese a todos nuestros sacrificios, a todas nuestras penalidades, á todas nuestras cruzadas- aún no hemos logrado extirpar. Por eso nos enfrentamos ahora con la mayor Crisis de la Iglesia Ortodoxa Universal Sacrificial, y por eso ha llegado la hora de una Cuarta Cruzada que supere en su envergadura a todas las anteriores.

El Dios Inmenso permaneció donde se hallaba, en lo que hoy designamos la Posición del Mar Sagrado, durante cierto número de años, en todo y por todo inmóvil.

Para la humanidad, éste fue el gran período de formación de la Creencia, marcado por el establecimiento de la Iglesia Universal y caracterizado por sus numerosas convulsiones. Grandemente hubieron de sufrir los primeros sacerdotes y profetas a fin de que la Palabra se diseminara por el Mundo y las sectas blasfemas fuesen destruidas, aunque el Libro Clandestino de los Hechos de la Iglesia parece indicar que muchos de ellos eran en realidad miembros de anteriores iglesias que, viendo la luz, mudaron su lealtad.

La poderosa figura del Dios Inmenso se vio sometida a multitud de pequeños agravios. Las Mayores Armas de aquella remota era, frutos de la charlatanería técnica, eran llamadas Nucleares, y ésas le fueron arrojadas al Dios Inmenso, pero, como cabía esperar, sin efecto alguno. Muros de fuego se alzaron en vano a su alrededor. Nuestro Dios Inmenso, al que todos honramos y tememos, es inmune a la debilidad terrenal. Su cuerpo estaba revestido como con un Metal -ésa fue la semilla de la Segunda Cruzada- pero no tenía ninguna de las debilidades del metal.

Su descenso a la tierra fue acogido por la naturaleza con una respuesta inmediata. Los antiguos vientos que hasta entonces prevalecían se estrellaron contra sus poderosos costados y fueron desviados hacia otros lugares. Esto produjo el efecto de enfriar el centro de África, de tal manera que desaparecieron las selvas tropicales y todas las criaturas que en ellas moraban. En las tierras limítrofes de Caspana (entonces llamadas Persia y Járkov, según antiguos relatos), se desencadenaron huracanes de nieve durante una docena de crudos inviernos, llegando por el este hasta el interior de la India. En los demás lugares, por todo el mundo, la venida del Dios Inmenso se dejó sentir en los cielos, en forma de lluvias inesperadas, vientos erráticos y temporales que duraron muchos meses. También los océanos fueron perturbados, mientras que el gran volumen de agua desplazado por su cuerpo inundó las tierras cercanas, matando a muchos millares de seres y arrojando diez mil ballenas muertas a los muelles de Colombo.

La tierra se sumó a las convulsiones. Mientras se hundía el territorio situado bajo la gran masa del Dios Inmenso, disponiéndose a recibir lo que luego seria el Mar Sagrado, las tierras de alrededor se elevaron hacia Arriba formando pequeñas colinas, como las abruptas y salvajes Dolominas que hoy protegen los límites meridionales de Italandia. Hubo seísmos y nuevos volcanes y géiseres allí donde jamás había manado el agua, y plagas de serpientes, florestas incendiadas y muchos signos prodigiosos que ayudaron a los Primeros Padres de nuestra fe a convertir a los ignorantes. Por todas partes se extendieron, predicando que la única salvación se hallaba en entregarse a él.

Numerosos Pueblos Enteros perecieron en esta época de convulsión, entre ellos Búlgaros, Egipcios, Israelitas, Moravos, Kurdos, Turcos, Sirios, Turcos de las Montañas y también la mayor

parte de los Eslavos del Sur, Georgianos y Croatas, los robustos Valacos y las razas Griegas, Chipriotas y Cretenses. Además de otras cuyos pecados eran muy grandes y cuyos nombres no fueron recogidos en los anales de la iglesia.

El Dios Inmenso abandonó nuestro mundo en el año 89 o, como algunos sostienen, en el 90. (Ésta fue la primera Partida y como tal se celebra. en el calendario de nuestra Iglesia, aunque la Iglesia Católica Universal lo denomina Día de la Primera Desaparición). Regresó en el 91, grande y temido sea su nombre.

Es poco lo que sabemos del periodo en que estuvo ausente de la Tierra. Podemos hacernos una idea de cómo pensaba entonces la gente si consideramos que, en general, las naciones de la Tierra se regocijaron grandemente. Siguieron produciéndose cataclismos naturales, pues los océanos se derramaran en el enorme hueco que él había creado, formando así nuestro amado y venerado Mar Sagrado. En toda la faz del planeta estallaron Grandes Guerras.

Su regreso en el año 91 puso fin a las guerras, como un signo de la gran paz que su presencia le prometía a su pueblo elegido.

Pero los habitantes del mundo en Aquella Época no eran todos de nuestra religión, por más que los profetas andaban entre ellos, y numerosas eran sus blasfemias. En el Museo Negro que hay adjunto a la gran basílica de Omán y Yemen se conservan pruebas documentales de que en este periodo intentaron comunicarse con el Dios Inmenso por medio de sus máquinas. No hace falta decir que no obtuvieron respuesta; pero muchos hombres razonaron entonces, en la confusión de sus mentes, que esto se debía a que el Dios era una Cosa, tal y como había profetizado el Gersheimer Negro.

En ésta su Segunda Venida, el Dios Inmenso bendijo nuestra tierra aposentándose principalmente dentro de los confines del Círculo Ártico, o lo que entonces era el Círculo Ártico, con su cuerpo extendido sobre el norte del Canadá, como era llamado, por encima de una gran península denominada Alaska, a través del Mar de Bering y por las regiones septentrionales de las tierras rusas hasta el río Lena, hoy Bahía de Lenn. Algunas de sus patas traseras quebraron grandes fragmentos del Hielo Ártico, mientras que otras patas delanteras se sumergían en el norte del Océano Pacífico. Pero en verdad para él no somos más que arena bajo sus pies y sus pies son indiferentes a nuestras montañas y nuestras Variaciones Climáticas.

En cuanto a su pavorosa cabeza, desde todas las ciudades de la franja costera del norte de América se la podía ver alzándose hasta la estratosfera y refulgiendo con un brillo metálico; desde ciudades hoy desaparecidas como Vancouver, Seattle, Edmonton, Portland, Blanco, Reno e incluso San Francisco. Fue la enérgica y pecaminosa nación que poseía estas ciudades la que entonces se volvió con más fuerza contra el Dios Inmenso. Todo el peso de su impía civilización científica se volvió contra él, pero lo único que consiguieron sus gentes fue destruir sus propias costas.

Mientras tanto, se produjeron nuevos cambios naturales. La masa del Dios Inmenso desvió a la Tierra en su diario girar, de modo que las estaciones se alteraron y los libros proféticos nos cuentan cómo los grandes árboles hacían brotar sus hojas para cubrirse en invierno y las perdían en verano. Los murciélagos volaban a la luz del día y las mujeres daban a luz niños peludos. La fusión de los casquetes polares causó grandes inundaciones, olas de marea y rocíos ponzoñosos, y sabemos que una noche se agitaron las aguas de la Profundidad, de tal forma que la marea que surgió de las Tierra Altas Malayas (como hoy las conocemos) fue tan poderosa que en pocas horas formó la península continental de Bestlandia con lo que hasta entonces habían sido los Continentes o Islas independientes de Singapur, Sumatra, Indonesia, Java, Sidney y Australia o Austria.

Con tan impresionantes portentos, nuestros sacerdotes pudieron Convertir a los Pueblos, y millones de supervivientes se apresuraron a ingresar en la Iglesia. Ésa fue la Primera Gran Época de la Iglesia, cuando la palabra se extendió por todo el asolado y transformado planeta. Nuestras instituciones se crearon a lo largo de las siguientes generaciones, principalmente en los diversos Concilios de la Nueva Iglesia (algunos de los cuales han sido luego reconocidos como heréticos).

No nos establecimos sin dificultades, e hizo falta quemar a mucha gente antes de que el resto se apercibiera de la fe que Ardía En Ellos. Pero, según fueron pasando las generaciones, el Verdadero Nombre del Dios se extendió por un territorio cada vez más amplio.

Solo los habitantes del norte de América seguían aferrándose mayoritariamente a su abyecta superstición. Fortificados por su ciencia, rechazaban la Gracia. Así fue como en el Año 271 se emprendió la Primera Cruzada, especialmente contra ellos pero también contra los Irlandeses, cuyas opiniones heréticas no estaban sustentadas en la ciencia: los Irlandeses fueron rápidamente Erradicados casi hasta el último hombre. Los Americanos eran más formidables, pero esta dificultad sólo sirvió para agrupar a la gente y unir aún más a la Iglesia.

La Primera Cruzada se libró para combatir la Primera Gran Herejía de la Iglesia, la herejía que proclamaba que el Dios Inmenso era una Cosa y no un Dios, según lo había expuesto Gersheimer Negro. Concluyó satisfactoriamente cuando el jefe de los Americanos, Lionel Undermeyer, se reunió con el Venerable Obispo Emperador del Mundo, Jon II, y consintió en que los mensajeros de la Iglesia disfrutaran de libertad para predicar en América sin ser estorbados. Tal vez habría podido forzarse un convenio más severo, como aducen algunos comentaristas, pero para entonces ambos bandos padecían grandes penurias a causa de la peste y la hambruna, porque las cosechas del mundo se habían perdido. Fue una afortunada coincidencia que la población del mundo ya se hubiera reducido a la mitad, pues de otro modo la reorganización de las estaciones habría ido seguida del hambre más absoluta.

En todas las iglesias del mundo se rogó al Dios Inmenso que diera una señal de que había sido Testigo de la gran derrota infligida a los infieles Americanos. Quienes se opusieron a este

inspirado acto fueron destruidos. El Dios respondió a las plegarias en el 297, avanzando velozmente una Pequeña Porción y acomodándose principalmente en el Océano Pacífico a donde llegaba por el sur a lo que ahora es la Antarta, entonces era el Trópico de Capricornio y anteriormente había sido el Ecuador. Algunas de sus patas izquierdas cubrieron numerosas ciudades de la costa occidental de América, entre las que se contaban algunas de las que ya hemos citado, como San Francisco, y llegaron por el sur hasta Guadalajara (donde el Templo del Santo Dedo honra todavía la huella de su pie). Este es el movimiento que designamos Primera Mudanza, y fue justamente considerado como una prueba indiscutible del desprecio del Dios Inmenso hacia América.

Tal sensación prevaleció también en la propia América. Purificados por el hambre, los descomunales terremotos y otras catástrofes naturales, sus habitantes quedaron mejor preparados para aceptar las palabras de los sacerdotes y se convirtió hasta el último hombre. Se emprendieron peregrinaciones en masa para contemplar el enorme cuerpo de Dios, que cubría su nación de un extremo a otro. Los peregrinos más osados ascendían en aeroplanos voladores y sobrevolaban su lomo, barrido Sin Cesar por terribles tempestades durante más de cien años. Los que allí se convirtieron se volvieron más Extremados que sus hermanos del otro lado del mundo, más antiguos en la fe. Apenas se habían unido las congregaciones americanas con las nuestras cuando ya se separaban por una desavenencia doctrinal en el Concilio de la Tenca Muerta (322). Esta fecha marca el surgimiento de la Iglesia Católica Universal Sacrificial. En aquellos remotos días, los creyentes de la fe Ortodoxa no disfrutábamos de la armonía que reina hoy con nuestros hermanos Americanos.

El punto de la doctrina que dio lugar al cisma de las iglesias fue, como por todos es sabido, la cuestión de si la humanidad debía o no utilizar vestiduras que imitaran el lustre metálico del Dios Inmenso. Se adujo que esto equivalía, a equiparar al hombre

6

con la Imagen de Dios, pero en realidad se trataba de una calumnia deliberada contra los sacerdotes Ortodoxos Universales, que utilizaban prendas de plástico o metal en honor de su hacedor.

De ahí surgió la Segunda Gran Herejía. Como este prolongado y confuso periodo ha sido estudiado a fondo en otros tratados, no es necesario que nos detengamos en él: diremos tan sólo que la disputa llegó a su apogeo con la Segunda Cruzada, que los Católicos Universales Americanos emprendieron contra nosotros en el año 450. Puesto que todavía poseían una gran preponderancia de máquinas, consiguieron imponer sus opiniones, saquear varios monasterios a las orillas del Mar Sagrado, deshonrar a nuestras mujeres y regresar gloriosamente a su tierra.

Desde entonces, todos los habitantes del planeta se cubren únicamente con prendas de lana o piel. Quienes se opusieron a este inspirado acto fueron destruidos.

Sería un error resaltar excesivamente las querellas del pasado. Durante todo este tiempo, la

mayoría de las personas se dedicaban pacíficamente al culto, eran sacrificadas regularmente y rezaban cada amanecer y cada anochecer (fuera cuando fuese) para que el Dios Inmenso abandonara nuestro mundo, ya que no éramos dignos de él.

La Segunda Cruzada dejó un reguero de problemas tras ella; en conjunto, los cincuenta años que siguieron no fueron años felices. Las huestes Americanas regresaron a su país para descubrir que la enorme presión ejercida sobre la plataforma continental occidental había creado muchos volcanes en su mayor cordillera, las Montañas Rocosas. Su tierra estaba cubierta de lava y fuego, y su aire cargado de hedionda ceniza.

Acertadamente, aceptaron esto como una señal de que su conducta dejaba mucho que desear a los ojos del Dios Inmenso (pues, aunque nunca se ha podido demostrar que tenga ojos, no cabe duda de que Nos Ve). Puesto que el resto del mundo no había sido Visitado por un castigo de semejante escala, adivinaron correctamente que su pecado era que seguían aferrándose a la tecnología y a las armas de la tecnología contra los deseos de Dios.

Con fe intensa en sus corazones, destruyeron hasta el último artefacto de la ciencia que aún quedaba, desde los Nucleares a los Abrelatas y, como acto propiciatorio, arrojaron a cien millares de vírgenes de la fe en los volcanes más a propósito. Quienes se opusieron a estos inspirados actos fueron destruidos, y algunos ceremonialmente devorados.

Nosotros, los creyentes de la fe Ortodoxa Universal, aplaudimos esta ejemplar acción de nuestros hermanos. Pero no estábamos seguros de que se hubieran purificado lo suficiente. Puesto que ya no poseían armas y nosotros aún teníamos algunas era evidente que podíamos ayudarles en su purificación. Por consiguiente, una poderosa flota de ciento sesenta y seis navíos de madera zarpó con rumbo a América, para ayudarles a sufrir por la religión y, de paso, para recobrar parte del botín que se habían llevado. Esta fue la Tercera Cruzada del año 482, bajo Jon el Rechoncho.

Mientras los dos ejércitos contendientes libraban la batalla en las afueras de Nueva York, se produjo la Segunda Mudanza. No duró más allá de cinco minutos.

En este lapso, el Dios Inmenso se volvió hacia su costado izquierdo, se arrastró sobre el centro de lo que entonces era el continente del Norte de América, cruzó el Atlántico como si fuera un charco, se desplazó a través de África y vino a detenerse al Sur del Océano Indico, destruyendo Madagaska con una pata trasera. En Todas las Partes de la Tierra se hizo la noche.

Cuando llegó el amanecer, difícilmente podía quedar un solo hombre que no creyera en el poder y la sabiduría del Dios Inmenso, a cuyo nombre corresponde todo el Terror y la Fuerza. Lamentablemente, entre los que no podían creer figuraban los dos ejércitos rivales, que habían sido engullidos por una Oleada de Tierra y Rocas ante el paso del Dios.

En el caos subsiguiente sólo prevaleció una nota de cordura: la cordura de la Iglesia. La Iglesia estableció como Tercera Gran Herejía la idea de que al hombre pudiera serle permitida

ninguna máquina contra los deseos de Dios. Hubo cierta disputa doctrinal acerca de si los libros debían considerarse o no como máquinas. Por las dudas, se decidió que sí lo eran. A partir de entonces todos los hombres quedaron en libertad de no hacer nada más que trabajar en los campos y rendir culto, y orar al Dios Inmenso para que se retirase a otro mundo más digno de su poderío. Al mismo tiempo se incrementó el número de sacrificios y se introdujo el Método de la Quema Lenta (año 499).

A continuación vino la gran Paz, que duró hasta el 900. Durante todo este tiempo, el Dios Inmenso no se movió; en verdad se ha dicho que los siglos no son más que segundos para él. Es probable que la humanidad no haya conocido jamás una paz tan prolongada como la de estos cuatrocientos años; una paz que existía en el interior de los corazones ya que no en el exterior, pues, naturalmente, el mundo se hallaba sumido en Cierto Desorden. La enorme fuerza del desplazamiento del Dios Inmenso a través de medio mundo había trastornado en gran medida la sucesión de los días y las noches. Algunas leyendas afirman que, antes de la Segunda Mudanza, el sol salía por el este y se ponía por el oeste; precisamente al contrario que el orden natural de las cosas según nosotros las conocemos.

Gradualmente, este periodo de paz conoció cierto restablecimiento del orden de las estaciones y cierta cesación de las crecidas, chubascos de sangre, pedriscos, terremotos, diluvios de carámbanos, apariciones de cometas, erupciones volcánicas, nieblas miasmáticas, vendavales destructivos, plagas agrícolas, plagas de lobos y dragones, maremotos, tornados de un año de duración, lluvias feroces y demás azotes que las escrituras de este periodo con tanta elocuencia describen. Los Padres de la Iglesia, retirándose a la relativa seguridad de los mares interiores y las soleadas praderas de Gobilandia, en Mongolia, establecieron una nueva ortodoxia bien calculada en su rigor de oraciones y sacrificios humanos en la hoguera para incitar al Dios Inmenso a dejar nuestro pobre y miserable mundo rumbo a otro mejor y más substancioso.

Con esto la historia llega casi al momento actual. El año 900, apenas una década antes del momento en que vuestro escriba redacta estas notas. ¡Ese año el Dios Inmenso abandonó nuestra tierra!

Recordad, si os place, que la Primera Partida en el año 89 no duró más de veinte meses. ¡Ya ahora el Dios Inmenso se ha alejado de nosotros casi la mitad de este número de años! ¡Necesitamos su vuelta; no podemos vivir sin él, como habríamos debido comprender Hace Mucho de no haber sido blasfemos en nuestro corazón!

Al partir, impulsó nuestro humilde globo hacia un rumbo tal que estamos condenados a vivir todo el año en el más crudo de los inviernos; el sol está lejano y encogido; los mares se congelan durante la mitad del año: témpanos de hielo desfilan por nuestros campos; a mediodía, es demasiado oscuro para leer sin una vela. ¡Ay de nosotros!

Pero, en verdad, merecemos nuestro sino. Es un castigo justo, pues durante todos los siglos de nuestra época, cuando nuestra especie vivía relativamente feliz y sin perturbaciones, orábamos como dementes para que el Dios Inmenso nos dejara.

Solicito a todos los Ancianos Elegidos del Consejo que repudien tales oraciones como la Cuarta y Mayor Herejía y declaren que, de ahora en adelante, todos los esfuerzos de la humanidad se encaminarán a llamar al Dios Inmenso para rogarle que regrese a nosotros de inmediato.

Igualmente solicito que vuelva a incrementarse el número de sacrificios. Es inútil tratar de escatimar sólo porque se nos están acabando las mujeres.

Igualmente solicito que se emprenda una Cuarta Cruzada a toda prisa, ¡antes de que el aire empiece a congelarse dentro de nuestras narices!

Librodot